

Las flores de la esperanza

Estoy en el piso. Un mar de lirios de agua me rodea – la suciedad los cubre. Todo está borroso. Huelo el aroma intenso de las naranjas en la huerta. Oigo a la mujer, que está cerrando la puerta. Oigo las campanas de la iglesia católica en la distancia, un eco amortiguado. Rezo en silencio.

Estoy tan, tan cansada.

Los eventos de esta mañana fueron casi los mismos que siempre. Me había despertado a las cuatro. Había rezado. Había cosechado la pequeña cantidad de maíz en nuestro ejido con mis primos, quienes habían sido deportados de los Estados Unidos hace algunos años. Había limpiado cinco casas grandes, mientras mi marido estaba durmiendo con una resaca. Mi rutina diaria, desde hace quince años. Desde que mis padres y mis dos hermanos murieron en la Guerra Cristera, cuando tenía catorce años.

Eran las once cuando salí de la casa, con una canasta de lirios en mi espalda. Es esencial que salga a tiempo porque la mujer a quien le entrego flores siempre me paga menos si llego tarde. Por eso, caminé rápido por las calles polvorientas, a pesar de la carga pesada. Agachaba mi cabeza, como todas las otras mujeres, para esconder mi dolor. La misma expresión, ropa monótona y problemas. Si alguien nos mirara, no podría ver la diferencia. Y nadie querría hacerlo.

Finalmente, llegué. Había caminado más de lo habitual y, por lo tanto, estaba agotada. Una mujer abrió la puerta.

“¡Las flores son tan hermosas!”

No vi su belleza, pero asentí de todos modos. Me sentí mareada.

“¿Me das agua por favor?”

La mujer me miró por primera vez. Y frunció el ceño.

“Hay un abrevadero donde están los cerdos.”

Me desmayé.

El hombre la miraba desde el edificio. La miraba mientras se levantaba lentamente. La miraba mientras ella empujaba las flores en la canasta, y mientras la ponía en su espalda. El hombre estaba asombrado por su determinación a pesar de la injusticia, su pobreza. Era casi como si Dios la estuviera ayudando. Comenzó a pintar.

Ananya Vijay